



SIGNIFICACION DE LAS HUMANIDADES

José Antonio Portuondo

Nada más justo que una recién creada Facultad de Humanidades se pregunte todavía, en la fiesta de su tercer aniversario, la razón de su existencia, la función que está llamada a desempeñar dentro de la Universidad y la nación en cuyos ámbitos se sustenta. Tal función ofrece, entre otros menos importantes, dos aspectos fundamentales, uno de tipo pragmático y otro propiamente cultural. El aspecto pragmático se refiere a la preparación de un profesorado idóneo, destinado a las enseñanzas Secundaria y Superior. Aspecto éste de extraordinaria importancia en naciones como las nuestras de

Hispanoamérica, en las que urge sustituir la improvisación inevitable de los inicios republicanos por una organización científicamente planeada de los estudios, con objeto de crear firmes conciencias nacionales y una superior, hispanoamericana, que las comprenda y unifique, fundadas en el conocimiento mejor de nuestras vicisitudes y problemas comunes. Aspecto, como se ve, de urgentísima vigencia, que otras personas, con más información y mayor autoridad, han estudiado en ocasiones anteriores.

Junto a él, con importancia no menor, complementándolo, figura el aspecto propiamente cultural de la función peculiar de estas Facultades de Humanidades, su misión de restaurar la concepción unitaria y armoniosa, totalizadora, del Hombre, que corrija la aberración positivista del "científico" y del "especialista", monstruoso Polifemo, con su único ojo pineal y, en consecuencia, con su estrecha y unilateral visión de los problemas. Sabido es cómo, reaccionando contra la Metafísica y la Teología, aliadas al despotismo hispánico, nuestras recién nacidas repúblicas acogieron con pasión al cientifismo positivista, estimulado más tarde por el pragmatismo norteamericano. Urgía conocer y explotar el rico patrimonio hispanoamericano, utilizar al máximo sus recursos naturales, y las Ciencias, pospuestas a la Metafísica durante el Período Colonial, se impusieron tiránicamente en los planes de estudios. Las Facultades de Teología, de Filosofía o de Humanidades desaparecieron o redujeron su actividad a una mera función de adorno, languideciendo junto a las pujantes de Ciencias o de Ingeniería. En algunos casos, como este de Mérida, la Universidad que emerge con la Independencia, de espaldas a su origen clerical, abandonó los estudios filosóficos y borró de sus planes las humanidades. Sin embargo, aquí, como en el resto de Hispanoamérica, este eclipse no fue permanente ni total y al cabo los estudios humanísticos comenzaron a emerger del cono de sombra en que los sumiera la reforma positivista y recobraron de nuevo su vigencia.

Pero este renacimiento de las Humanidades no es un fenómeno exclusivamente académico, sin nexo ni raíces en el proceso histórico general de Hispanoamérica, sino que se produce siempre entre nosotros como reacción tras o frente a regímenes ditatoriales y tiránicos, como batalla del libro contra el espadón inculto o contra autócratas y personalistas disfrazados de "liberales" y "científicos, tipo Guzmán Blanco o Porfirio Díaz. Así ocurrió, por ejemplo, en el México de Don Porfirio que pretendió escudar su larga dictadura en el positivismo de los "científicos", discípulos descarriados de Gabino Barreda, contra los cuales insurgió la llamada Generación del Centenario, brillantemente descrita por su figura más esclarecida. Alfonso Reyes, en su libro *Pasado inmediato y otros ensayos*. Allí cuenta Reyes cómo, en torno al magisterio del dominicano Pedro Henríquez Ureña, se reunían los centenaristas a leer en común el *Banquete* platónico, acriollando una clásica estampa del humanismo renacentista. Y cuando en 1910, el año del Centenario de la Independencia, se inaugura la nueva Universidad Nacional de México, pocos meses antes del estallido redentor de la gran Revolución Agraria, el último de los positivistas y científicos, Don Justo Sierra, señala ya, en su célebre discurso, los signos de los tiempos, el cambio de rumbo histórico de aquel renacimiento humanista estaba detectando, sin plena conciencia de sus cultivadores, anunciando la próxima insurgencia de una nueva y totalizadora concepción del Hombre.

Mariano Picón-Salas ha historiado, en su excelente estudio *Formación y proceso de la literatura venezolana*, no menos de dos renacimientos humanísticos en el proceso cultural de Venezuela posterior a la Independencia. El llamado por él "primer humanismo de la República", de 1830 a 1840, alienta no sólo en los estudios eruditos del Maestro José Luis Ramos, sino en los escritos y en las enseñanzas apasionadas y apasionantes de un Juan Vicente González, en las que se juntan, con ímpetu sinfónico, clasicismo y romanticismo. González se enfrenta a

Antonio Leocadio Guzmán amunicionado de epítetos clásicos, y cuando el ambiente político se cierra, siembra ideas de libertad, disfrazadas con clásicos atuendos, en su "Colegio del Salvador del Mundo". Picón-Salas reproduce en su libro citado, tomándola de Luis Correa, la crónica de unos exámenes públicos celebrados en el colegio de Juan Vicente González, aparecida en un periódico de la época. En aquel acto, refiere la crónica, se hicieron traducciones y análisis de páginas escogidas de la *Anábasis* de Jenofonte, se declamaron en griego trozos de Demóstenes, entre ellos la célebre arenga sobre "El gobierno de la República", recitada también en castellano para beneficio de los oyentes no helenistas; se representaron escenas de *Edipo Rey* de Sófocles y se recitó a Horacio en latín... El "segundo humanismo de la República" lo sitúa Picón-Salas en el período que va de 1869 a 1883 y en él se destaca la figura apostólica de Cecilio Acosta, erguida contra la autocracia liberal de Guzmán Blanco. Pero esta tradición humanística continúa en períodos subsiguientes, matizados por el positivismo de Arcaya y Gil Fortoul, afrancesados por la evasión Modernista, bajo las dictaduras de Cipriano Castro y Juan Vicente Gómez. Es entonces cuando produce y vive su existencia andariega y pintoresca la figura, por tantos conceptos genial y extraordinaria, de Lisandro Alvarado, traductor de Lucrecio, que se va a vivir entre indios para aprender los secretos de su lengua y costumbres, que busca entre los lanceros del Llano las raíces sociales de la Revolución Federal, que escuda su crítica aguda de la justificación de la dictadura gomecista, realizada por Laureano Vallenilla Lanz, en epigramas latinos, que hace, en fin, de su cultura humanística arma e instrumento para la mejor comprensión y defensa de los hombres humildes y olvidados de su patria. Esta notable tradición venezolana y, en general, hispanoamericana, de humanistas-políticos podría resumirse en el recuerdo de José Martí, quien, en los días postreros de su vida, anota en su último diario, *De Cabo Haitiano a Dos Ríos*: "Me meto la Vida de Cicerón en el bolsillo en que llevo 50 cápsulas".

Dicha tradición corrige un falso y difundido concepto del Humanismo que lo presenta como placer solitario de eruditos, apartados de las luchas cotidianas, y nos lleva a retomar los orígenes militantes del Humanismo en los días luminosos y revueltos del Renacimiento. Porque junto al Humanismo contemplativo, neoplatónico, de la Academia Florentina, hecho para adornar los ocios de mercaderes ennoblecidos, del Capitalismo naciente, está el Humanismo crítico de Erasmo, que rebasó inclusive las intenciones del Maestro de Rotterdam en la ardida militancia de sus discípulos Zwinglio, Melanchton y en los más destacados erasmistas españoles. En 1936, con motivo del Cuarto Centenario de la muerte de Erasmo en Basilea, un grupo de jóvenes cubanos que alentábamos, en una estación radiodifusora habanera, la "Hora Cubana de Cultura Popular" y publicábamos la revista "Polémica" —ambos títulos explican bastante,— dedicamos al recuerdo de Erasmo una transmisión especial y recogimos luego los trabajos leídos en ella en las páginas de la revista. Ilustrando uno de dichos trabajos figuraba un excelente dibujo de un notable artista cubano, a quien su hosco desdén por grupos y capillas ha condenado a ser menos conocido de lo que merece: Jorge Rigol. Rigol, con sobriedad exquisita de líneas, representó a Erasmo, según el conocido retrato de Holbein, leyendo, bajo un lema que lo definía, "Hombre aparte" y junto a una ventana abierta que dejaba ver, en el exterior, una muchedumbre en marcha portando un cartel con la leyenda "¡Fuera los hombres aparte!". Poco tiempo después, hallándose Jorge Rigol en México, conoció allí al pensador argentino Aníbal Ponce, que solicitó del artista permiso para ilustrar con su dibujo la portada del libro de Ponce *De Erasmo a Romain Rolland*, aparecido también con el título esclarecedor de *Humanismo burgués y humanismo proletario*. A Aníbal Ponce escapó un tanto, en su obra citada, notable y capital entre las suyas, la nota militante, más allá de las timideces erasmianas, que se impone, desde sus comienzos, en buena parte del Humanismo renacentista y que se manifiesta no sólo como crítica de la concepción teológica o, más precisa-

mente, escolástica del mundo, sino como denuncia del naciente ordenamiento económico capitalista, y que se hace evidente, sobre todo, en las obras de los utopistas como Tomás Moro o Campanella, influídos poderosamente por el descubrimiento de América.

A América que lo inspirara, viene en seguida ese Humanismo utopista y militante, en las alforjas franciscanas de Fray Juan de Zumárraga, e inspira de inmediato el extraordinario experimento de Vasco de Quiroga entre los tarascos de Michoacán. Hay toda una tradición de Humanismo militante que partiendo de Quiroga continúa con los que ha llamado Alfonso Reyes "frailes izquierdistas" del siglo XVII; sigue luego con los humanistas laicos del XVIII, los cuales, como apuntara con acierto Eugenio Imaz, a la edificación de un mundo "a la mayor gloria de Dios", que propugna el humanismo jesuíta de la época, oponen la reforma del existente, "la mayor gloria del Hombre", y que culmina, en fin, en el cura Don Miguel Hidalgo, Padre de la Patria mexicana, alumno primero y luego Rector del Colegio de San Nicolás, fundado por Quiroga e impregnado de su espíritu. Es la misma tradición política y militante que pone el saber humanístico al servicio de las necesidades colectivas, que se acerca al indio vivo y sufriente, que, sin renunciar a la extraordinaria herencia cultural atesorada por las viejas lenguas de helenos y de latinos, estudia las indígenas de América y las de los pueblos modernos y se dirige a los hombres de hoy con ardiente voluntad de servicio y gesto redentor. Es esta la tradición que vive en Martí y en Lisandro Alvarado. La misma que nos lleva ahora a hacer de las Humanidades, no placer solitario de eruditos, evadidos del áspero quehacer contemporáneo, sino instrumentos indispensables para la mejor comprensión de los problemas colectivos. Aliados y no enemigos de la Ciencia, los estudios humanísticos no se contentan ahora con reconstruir la imagen clásica del Hombre, sino que indagan la raíz de aquélla y la de todas las imágenes históricas parciales, relativas, que apuntan hacia la definitiva y más justa concep-

ción de Humanidades, renacidas frente o tras las dictaduras y las tiranías que se empeñan en vano en negar “la dignidad plena del Hombre”. Y sólo realizando plenamente tal función se cumplirá en su integridad el lema que el Humanismo tomó de Terencio:

Hombre soy y nada humano me es ajeno.

Nota: Este trabajo constituye una reconstrucción sintética de las palabras pronunciadas por el autor en el acto conmemorativo del Tercer Aniversario del establecimiento de la Facultad de Humanidades de la Universidad de Los Andes, Mérida, Venezuela.